

L A A M E N A Z A

I

La alegre claridad de un cielo invernal, despejado y sereno, entraba a raudales por la ventana del saloncillo en que la señora de La Guerche sostenía con su hijo una conversación que debía ser para los dos bastante dolorosa, porque a ratos rodaban gruesas lágrimas por las mejillas del joven, que paseaba nerviosamente, y el semblante de la madre reflejaba una angustia casi trágica. A los cincuenta y siete años recién cumplidos, la señora de La Guerche recordaba aún, por la regularidad de sus facciones y la esbeltez perdurable de su talle, a la bella Enriqueta, del París mundano después de la guerra, la que inspiró y compartió tantas pasiones, la que se comprometió con el elegante Giobbe, con el hermoso Casal, con el gran Videville, con el insignificante Liauran, con... — Como decía aquél: «¡Son demasiados!» Conservaba la dulzura de sus ojos negros y los blancos dientes de su sonrisa; pero ni aquellos ojos habían vuelto a reflejar una mirada de alegría, ni aquellos hermosos dientes volvieron a sonreír desde la

muerte de su otro hijo, el mayor de los dos, arrebatado rápidamente tres años antes por una gripe infecciosa. El dolor había convertido a la hermosa mujer, que declinaba, en una anciana siempre enlutada, de cabellos grises, de pupilas graves, de boca triste, de tez pálida por la reclusión, de arrugas que la melancolía profundizaba más cada vez, y que ya no frecuentaba el mundo. ¿Por qué rareza aquella pasión de sus hijos se había conciliado con los hábitos de una duradera galantería? —Porque la historia de Liauran no era muy antigua. —La vida de las mujeres más difamadas presenta problemas insolubles. No por ser inexplicables los hechos dejan de serlo, y los más temibles murmuradores del casino se verían obligados a reconocer la sinceridad de Enriqueta, si la hubiesen visto escuchar a su hijo aquella mañana entre aquellos muebles algo antiguos que habían, en otro tiempo, oído tantos otros discursos.

Aquella conversación comenzó por una confidencia del orden más humilde y más burgués: un principio de celos. Pero para comprender qué secretas fibras conmovían en el corazón de la madre las frases de aquel hijo, hoy único, es preciso decir que la señora de La Guerche se había hecho, o había vuelto a hacerse tan ferviente piadosa o, mejor, devota, como había sido alocadamente frívola. La fulminante catástrofe le había infligido ese pavor que no desaparece: el de una justicia misteriosa suspendida sobre ella. Su conciencia despertó aterrada. Examinó el pasado en toda su desnudez y reconoció en el terrible golpe una expiación. ¿Sufriría aún otra? ¿Iba a ser herida en el hijo que la quedaba y que parecía reunir en él todas las venturas de la suerte: treinta años, hermoso y bien casado? Contrajo matrimonio, gracias a la diplomacia de Enriqueta, con una prima de Casal, precisamente con Elena Tournade, la hija

del opulento industrial. La señora de La Guerche se felicitaba entonces de que su antiguo amante hubiese seguido siendo amigo y que dirigiese la fundación del hogar de su hijo. Con sus nuevas ideas, ese recuerdo la espantaba ahora. ¿Cómo no iba a sentirse conmovida hasta lo más íntimo mientras Roberto, su Roberto, le descubría en su hogar una tragedia latente que ella sospechaba desde hacía varias semanas, sin querer creer en ella? Había llegado el hijo con una angustia cuya huella leyó la madre inmediatamente en su rostro. Apenas llegado, se preocupó de saber si su padre estaba allí, y al enterarse de que había salido de caza y que su entrevista no sería turbada, se reflejó en él cierta tranquilidad. Ella le había molestado; él la suplicó que no bromease, y prorrumpió en sollozos... Luego, con la decisión de carácter que acusaba su noble fisonomía, virilmente, solemnemente, en nombre de su hermano muerto, la había conjurado para dar el paso que iba a pedirle y que ella temblando prometió. A esto siguió un relato todavía confuso y vago, el de una cena dada por Elena y él la víspera, que era el 6 de enero. Varios matrimonios jóvenes y algunos solteros se habían propuesto pasar los Reyes en su casa. La suerte concedió el haba a Elena (1), que había elegido por rey a uno de los contertulios de la casa, a Juan de Albiac, amigo de la infancia de Roberto. Sólo al pronunciar este nombre, el acento del joven se alteró de pronto y la confusión se hizo entrecortada por las lágrimas y los gritos de cólera. Roberto estaba celoso de Elena por causa de Juan de Albiac, celoso

(1) Alusión a una costumbre francesa del día de Reyes que consiste en servir un pastel en el cual se ha colocado un haba. Dividido el pastel en los trozos correspondientes a los comensales, aquel a quien le toca el haba, si es hombre, elige reina; si es mujer, elige rey.

hasta morir de celos, y venía a referírselo a su madre. ¿Con qué objeto? La señora de Guerche se estremecía y la piedad por la desesperación del hijo le desgarraba el corazón mientras le oía gemir:

— ¡Ah! ¡Madre mía! ¡He vacilado tanto antes de recurrir a usted!... Compréndame bien: yo no acuso a Elena; pero repito que estoy celoso y que sufro, aunque no me reconozco el derecho de sospechar su conducta... Estoy seguro de que ella no ha olvidado jamás lo que me debe a mí, lo que debe a nuestro hijo, lo que debe a usted, a usted que ha atravesado la vida sin mácula... —Y no notó que la señora de La Guerche cerraba los ojos. Aquella prueba de la fe que su hijo tenía en ella, le hacía daño.

— Sí—insistió él—, estoy tan seguro de Elena como de usted. Ella es inocente... ¡Ay! No basta que una mujer sea inocente; es preciso que no despierte ni una sospecha...

— En Elena no la hay—interrumpió la madre vivamente—. Yo lo sabría. El eco habría llegado hasta mí.

— La calumnia no va tan de prisa—replicó el hijo—. Piense que Elena no tiene más que veinticinco años y no se habla de una mujer tan joven hasta que no ha dado mucho pábulo a la maledicencia... Sin embargo, si no se comenzase a notar que tiene predilección por Juan, ¿se les invitaría siempre a la vez? Anteayer, en casa de los Corcieux, ¿qué vecino de mesa la dieron? Juan... Hace tres días fuimos a la Comedia al palco de la señora de Ethorel. ¿Quién estaba invitado con nosotros?... Juan... Hace cinco días... Pero sería menester referir detalladamente todas nuestras semanas de este otoño y de este invierno. ¿Son indicios, sí o no, éstos continuos encuentros que nuestros amigos le preparan? Admitamos que no son más que casualidades y que el mundo no se

ocupa ni de Elena ni de Juan. Pero no está solo el mundo: está mi corazón. ¡Usted no sabe lo que un hombre sufre viendo flotar en torno de su mujer una influencia que no es la suya!... Los gustos, las ideas, las lecturas, las simpatías, las antipatías, todo en Elena lleva trazas de cambiar totalmente, y ¿cuál es la causa de todos estos cambios? De Albiac. ¡Le conozco tan bien! ¡Hemos vivido tantos años juntos!... Escuche: ¡Ya sé que son futilidades, como las coqueteorías de mi mujer anoche en la cena de Reyes! ¡Pero de futilidades está hecha la vida del corazón! Detestaba a las mujeres que fuman, y ahora fuma ella y fuma cigarrillos de tabaco ruso... Ella no montaba a caballo, y ahora ha comenzado a cazar... y ¿en qué tren!... En el mismo que él... Usted me dirá que son cosas mías. Por mí no ha ido tres veces en cinco años; por él ha ido diez veces este invierno... Ella no se ocupaba de política; usted sabe lo apasionado que es Juan en sus opiniones. Hoy, ella tiene las mismas... Hasta en su atavío ha cambiado. Siempre le han gustado a él las mujeres lujosas, de vestidos atrayentes y a la última moda. Elena era tan sencilla, tan natural... Hoy se adorna para él... Lo peor es que ella no lo sospecha, que sufre esa sugestión sin darse cuenta. Yo insisto en no acusarla, yo no recelo de ella. Si ama a Juan, es sin saberlo... Pero yo soy muy desgraciado...

— ¿Por qué no le has hablado sencillamente?— preguntó la señora de La Guerche—. En lo que me dices no hay nada, nada, nada—insistió—, más que niñerías... ¿En qué consistió, por ejemplo, la escena de anoche en la comida? En nada. Tu padre estaba allí, y ni se ha ocupado en referírmela esta mañana. Eso prueba que no son más que visiones...

— Mi padre está enamorado de Elena, desde luego. Todo lo que ella hace, está bien hecho... Pero si

UNIVERSIDAD DE NUEVOS LEÓN
CARRERA DE LETRAS
C. P. 271000
C. P. 271000
1625 MONTERREY, MEXICO

usted hubiese estado allí... ¡Ah, mamá! ¡Si usted hubiese visto sus ojos!...

— Yo habría visto lo que veo: que eres un loco... — repuso la madre—. Sí, un loco es quien alimenta quimeras semejantes y no las manifiesta a la única persona que podría disiparlas con una palabra. Si os hubierais explicado de una vez para siempre, no te hubieras envenenado el alma tan inútilmente. ¿Tú esperas de mí un paso, me has dicho?

Y no pudo disimular su ansiedad mientras añadía:

— ¿No irás a pedirme que la hable en tu lugar? ¡Eso sería tan imprudente, tan peligroso!...

— ¿Imprudente? — respondió el hijo—. ¿Peligroso? ¿Por qué?... Pues sí, mamá, has adivinado... He venido a suplicarte que des ese paso: es el único medio que puede devolverme la paz. Vete. He medido el pro y el contra... ¿Imprudente?... ¿Peligroso?... — repitió—. La imprudencia sería tener yo una explicación con Elena, en el estado en que me ves. El peligro sería exponerme a herirla para siempre quizá, con alguna palabra que se me escapase... Hace seis meses, cuando empecé a sospechar de Juan, hubiera podido confiarle a ella. Hoy he sufrido ya mucho y no sería dueño de mis nervios... Por otra parte, no se trata de hablarla en mi nombre. Mis susceptibilidades, mis pensamientos, mis celos, no importan nada. Se trata de saber: eso es todo... — Y cogiendo con su mano febril la mano no menos ardiente de la pobre Enriqueta, añadió: — Una de dos: o son delirios de loco, como dices, y no hay entre Elena y Juan más que una amistad demasiado familiar, lo cual es posible; pero que tenga yo la prueba, una prueba verdadera, y tendré fuerza para dominarme... O bien ella tiene por él un interés vivísimo, ella le ama, y yo, quiero saberlo también. Lo quiero... Una vez seguro, yo obraré. Invocaré lo mejor que hay en ella: su ho-

nor, su ternura para nuestra hijita... y me la llevaré; viajaremos. Ella será la primera en retroceder cuando vea el abismo a que se precipita... Pero es necesario que alguien le muestre ese abismo, y ese alguien, madre mía, no puede ser nadie más que tú... ¡No me digas que no! ¡No me digas que no, mamá!

Se había arrojado a las rodillas de la señora de La Guerche, y la tuteaba infantilmente como cuando era pequeño.

— Es tan fácil... tú le escribes diciéndole que venga a verte... Estáis solas... Comienzas hablándole de la maldad del mundo, del peligro que hay para una mujer joven en dar pretexto con sus actos, aun los más inocentes, a la maledicencia... Ella se asombra. Es ahora ella la que interroga... Tú le nombras a Juan de Albiac...

— ¿Y si se molesta? — preguntó la madre.

— ¿Contigo?... — interrumpió el hijo—. No es posible. Has sido siempre tan buena para ella... Le dices lo que te han dicho... y no mentirás porque acabo yo de hacerlo. No dirás de dónde lo sabes...

— ¿Pero si a pesar de todo se enfada? — repitió la señora de La Guerche—. ¿Si ella se obstina?... Sucede con frecuencia que una mujer a quien se aconseja ser prudente comete más imprudencias todavía... ¿Y si ella, por espíritu de contradicción, acentuase esas apariencias de que te quejas?... —

— Es demasiado orgullosa... — respondió el marido—. y no lo hará. Además, yo las soportaría desde el momento que estuviera *seguro*, escúchame, *seguro* de que no son más que apariencias.

— Y yo lo estaría por tí. ¡Eres tan perspicaz!... En unos minutos leerás en el fondo de su corazón y me dirás lo que hayas leído. Me amas demasiado para engañarme... y además, no podrías. ¡Oh! dime que harás lo que te pido, que la hablarás... Si no...

— ¿Si no?—imploró la madre.

— Pediré explicaciones a Juan—contestó resueltamente Roberto.

— ¡No harás tal cosal...—exclamó la señora de la Guerche—. ¡Un altercado entre los dos, un duelo!... ¿Y el honor de Elena? ¿No piensas en él?... Bien—continuó angustiosamente—, puesto que lo exiges, hablaré a tu mujer.

— ¿Y cuándo?—insistió él.

— Hoy mismo. Al retirarse anteayer, me anuncié su visita para eso de las dos. Cerraré mi puerta a todo el mundo para que nadie interrumpa nuestra entrevista... Es lo mismo—concluyó con una singular aflicción—; repito lo que te he dicho: de suegra a nuera, este paso es peligroso—y esforzándose por sonreír—. Es por ti, mi Roberto, por ti... ¡Ah! ¡Tendré acierto!...

Largo rato hacía que Roberto abandonara el saloncito de su madre, y la turbación que en ella provocara su deseo no había hecho más que agrandarse a medida que se acercaba el momento que iba a ponerla frente a frente de su nuera, para aquella entrevista tan peligrosa en efecto. Se había servido de esta palabra y traducía exactamente su pensamiento. Pensamiento que no había revelado a su hijo, por temor de reavivar en su corazón dolorido alguna llaga. Unos amigos le hablaron meses antes de las coqueterías de su hija. Pero ¿hasta dónde llegaban? La señora de La Guerche no lo sabía; mas sí sabía que se hablaba, y aun ella, en un principio, tuvo la idea de hacerle algunas indicaciones. Razones que no quería precisar la impidieron hacerlo. Varias veces creyó sorprender en su nuera, tan correcta sin embargo, aun tan afectuosa, una imperceptible insolencia, la callada ironía, oculta bajo formas irreprochables de la persona que no es juguete de otra y que ha penetrado sus secre-

tos. ¿Qué secretos?... Enriqueta conocía demasiado bien su París, para que la respuesta fuese dudosa. No obstante, había rehusado formularla con precisión. Todos somos un poco de esa manera. Nos damos cuenta, por una experiencia de todos los días, de que todas las historias de todos son conocidas por todos, repetidas por todos, y cuando se trata de algún enredo importante de nuestra vida, nos exceptuamos de ese universal comadreo, casi ingenuamente. La madre de Roberto se decía: -- No, no es posible que haya encontrado a nadie tan malvado que vaya a difamarme ante la mujer de mi hijo. ¿Con qué interés, por otra parte? Yo soy una pobre vieja que no molesta a nadie.

Era verdad; pero ella no contaba con la crueldad gratuita del mundo, que es la peor. Se es implacable, algunas veces, por rencor; otras, por cálculo; a menudo, por torpeza, y más frecuentemente, por esa necesidad de parecer bien informado, que entre los ociosos llega a ser un deporte como otro cualquiera. Se lanza una frase sangrienta, sin que el maldiciente se haya apercebido siquiera del veneno que ha soltado. Noventa y nueve veces, de ciento, la víctima tampoco se apercibe, y así se explica la semi-ilusión en que pueden vivir mundanas tan notoriamente deshonradas como la señora de La Guerche. Y todas se dicen como ésta se decía:

— ¡Hace tanto tiempo de esol...

No sospechan que la trabazón de su nombre al de uno u otro de sus pasados amantes se transmite de una generación a otra, con la indeleble duración de una leyenda. Ni la muerte, ni los nuevos escándalos, ni los trastornos políticos, importan nada. Habría una guerra europea, otra *Commune*, y si dos comparsas de la sociedad que gravita en torno al *Jockey* y al *Petit Cercle* se encontraran en una nueva emigración,

no dejarían de decirse al hablar de sus relaciones:

— ¿Y Enriqueta de La Guerche?... ¿Qué es de ella? ¿Se acuerda cuando Casal?... ¿Recuerda que Videville?... ¿No era del tiempo de Liauran?...

Estas verdades de la más elemental experiencia social eran bien conocidas por Enriqueta, que quería ignorarlas, pero que la llenaban de todos modos de una inquietud casi punzante, cuando la campanilla hizo sonar, a eso de las dos de la tarde, el golpe único que anunciaba las visitas. A través del espesor de los muros percibió el tintineo: era su hija política la que llegaba, sofocada por el viento y con el color de una frescura deliciosa. El oro de sus cabellos rubios parecía más suave por el contraste con la piel de su sombrero y de su abrigo. Tenía en sus labios bermejos que, dejando ver sus dientes, entreabría una sonrisa; en sus mejillas, donde unos hoyuelos se marcaban; en el fondo de sus ojos azules, tan alegres y tan atrevidos, ese no sé qué que revela el íntimo contento de vivir. Besó a la madre de su marido, y mirando el reloj de su pulsera:

— No vengo más que por algunos minutos, mamá...—dijo— a saber de vosotros y porque lo había prometido. Me esperan...

— Lo siento doblemente—respondió la señora de La Guerche, que, viendo a Elena de tan buen humor, había dominado inmediatamente su malestar.—Sí—insistió—, tenía necesidad de hablar contigo largamente y cosas bien serias, bien serias... Pero si no tienes tiempo...

— ¿Cosas bien serias?—repitió la nuera.

Y miró a la madre de Roberto y sorprendió en su rostro una melancolía y una ansiedad que la conmovieron. Pensó que la señora de La Guerche estuviese enferma, y le dijo con una bondad que no siempre tenía con ella:

— ¡Bah! que me esperen a la cita. Son Matilde Mosé y Juan de Albiac. Tenía que encontrarme con ellos en la exposición Fauriel; pero llegaré un poco más tarde, a eso se reduce todo... Veamos qué pasa, madre mía. ¡Parece usted muy emocionada!

— En efecto, lo estoy, mi querida Elena—dijo la señora de La Guerche—, pero el cariño con que me hablas me da valor. ¿Tú me quieres, no es verdad, hija mía, y tú sabes que yo te quiero?...

— ¿Por qué me pregunta usted eso, madre?—respondió aquella con un tono de cariñosa rebelión—. ¿Acaso lo duda usted?...

— Tengo necesidad de oírte, para estar segura de que no verás en mis palabras más que cariño hacia ti y deseo de tu felicidad... Se trata precisamente de una de las dos personas cuyo nombre acabas de pronunciar...—continuó. Y mientras decía estas palabras, retenía entre las suyas las lindas manos de Elena, blandamente abandonadas hasta entonces, pero que de pronto se crisparon y desasieron. Los labios, entreabiertos en confiada sonrisa, se cerraron. El azul pálido y suave de sus ojos se hizo mate y fiero. La señora de La Guerche dibujó un gesto de angustia, e, interrumpiendo su frase, dijo con tono de desaliento:

— Ya ves. Es mejor que lo dejemos. Ya te has ofendido...

— Ni mucho menos—repuso Elena—. Por el contrario, soy yo quien insiste para continuar y voy a ayudarla. Usted quiere hablarme de Juan de Albiac.

— Efectivamente, a él era a quien aludía. Empiezo por afirmarte que creo en la absoluta inocencia de vuestras relaciones. Pero no puedes impedir que el mundo sea maldiciente, sobre todo cuando se trata de una persona como tú: bella, rica y que triunfa...

En fin, hija mía, se habla; yo sé que se habla, y he querido advertirte..

— Se lo agradezco—dijo secamente Elena, meneando su hermosa cabeza con un gesto de altivez—. Que se hable o no de mí me es indiferente. Yo no me privaré del trato de un amigo, para desarmar la envidia o la estupidez de las buenas lenguas que se han divertido en traerle a usted esos chismes.

— ¿Quién te dice que cortas la relación con un amigo?—replicó la señora de La Guerche, siempre con la misma dulzura, casi implorante—. Entre una familiaridad que se presta a comentarios y una ruptura que no se prestaría menos, ¿no hay lugar para relaciones más discretas, más normales?..

— ¿Quiere usted decirme en qué no son ni discretas ni normales mis relaciones con Juan?..—interrumpió la joven.

Estas pocas palabras habían bastado para que la frialdad del momento antes se convirtiese en una irritación vecina de la cólera. Ante aquella prueba evidente de que ella tenía en la discusión un interés apasionado, la madre se estremeció. ¿Había acaso entre Elena y Juan algo más que complacencias por parte de ella, y algo más que una corte sin consecuencias por parte de él? También ella, como su hijo, quería saber y habló:

— Yo no formulo contra ti acusación alguna. Debía hacerte esta advertencia, primero por ti y también—titubeó un instante—... por Roberto. Sí, por Roberto... Me ha parecido preocupado hace algún tiempo. Temo que esté celoso de esa tan gran intimidad...

— Dígalo todo—insistió Elena—. El ha venido a su casa esta mañana, ya lo sé... Y le ha hablado de mí... Ahora comprendo... Y le ha encargado que me interrogue... ¡Ah! cuando le vea, yo lo sabré. ¡Que me pregunte él, pues! El tiene derecho...

— ¿Y aun cuando así fuese?—respondió la señora de La Guerche—. Aun cuando él hubiera venido a confesar a su madre los celos de su corazón, ¿sería eso motivo de malquerencia? El te ama, hija mía, y es verdad que no es feliz... Es verdad también que, a pesar de todo, yo tengo algún derecho para aconsejarte... Piensa, pues—continuó—, que yo debería haber repetido a mi hijo lo que sobre de Albiac y sobre ti me han referido... No lo he hecho porque estoy segura de que son calumnias... Pero—insistió impulsada por una irresistible necesidad, la de saber lo que había de cierto tras de los ojos mudos de la joven, extrañadamente fijos en los suyos—, si yo llegase alguna vez a pensar que no son calumnias...

— ¿Entonces?—interrogó Elena.

— Entonces...—repitió la madre; y no acabó, atemorizada por la terrible sonrisa que agitaba los labios de su nuera.

— Entonces—dijo ésta con voz áspera—, ¿usted me denunciaría a mi marido?... ¡Bien! Únicamente debo advertirle a mi vez que si se interpone entre nosotros, ojo por ojo y diente por diente.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no es usted la única en el mundo a quien se le refieren cosas. Le han dicho algo sobre mí, y usted me hace el honor de no creerlas hasta ahora. Yo soy lo mismo que usted, y *hasta ahora* no he creído lo que, los mismos amigos probablemente, me han dicho sobre usted... Pero...

Con una implacable ironía, la de la mujer que presenta a otra una batalla decisiva y quiere acabar, repitió las mismas palabras de que se había servido la madre de su esposo, acentuándolas:

— *Si yo llegase a pensar alguna vez que no son calumnias...*

Y después de un silencio:

— ...Yo podría tener con mi suegro una conversación interesante.

— ¿Con mi marido?—exclamó la suegra—. ¿Tú cometerías la villanía de ir a repetir infamias que no conozco, que no quiero conocer, a mi marido?...

— ¿Preferiría usted que fuese al mío?—dijo la joven—. ¡Válgame Dios!, es una idea.

Y como para esclarecer con un terrible comienzo aquella terrible amenaza, percibió en una mesita una fotografía de Casal, joven, que cogió en sus manos diciendo:

— ¡Miral! Si es Casal!.., ¡Y qué bien estaba!.. Pero me gusta más el retrato de Videville que vi aquí el otro día. ¿Dónde está?...

— ¡Elena!...—exclamó la señora de La Guerche, irguiéndose en su sillón.

Y repitió, con toda la indignación de su corazón ultrajado:

— ¡Elena!...

— ¿Qué he podido decir—replicó ésta como sorprendiéndose—que la pone de ese modo?

Inmediatamente se levantó, y fijando sus ojos claros en los ojos de su víctima, que no resistieron su penetrante mirada:

— Hemos medido nuestras armas—dijo—. He probado que las mías valen tanto como las tuyas; si por desgracia se mezcla usted en los asuntos de mi casa... Es la primera vez que se ha ocupado usted de ellos. Es necesario que sea la última... o hablo a su hijo... No pido más que neutralidad, pero ésa la quiero... y la tendré. Yo veré lo que me conviene. Usted ha vivido con su marido a su gusto. Yo viviré con el mío como me parezca y sin que usted me haga ningún reproche, *para lo cual no tiene usted ningún derecho...*

II

Hace un año justo, día por día, que sucedieron estas dos escenas. Quizá bastasen para epílogo las pocas palabras que cambiaron la penúltima noche Juan de Albiac y uno de sus amigos, Máximo de Portille, al salir la noche de Reyes de casa de una amable señora de la burguesía, la cual, favorecida por el haba, había escogido a Juan por rey:

— No has sido muy galante con la pobre Lucía, Juanito... Me parece que echas de menos a la reina del año pasado...

— Es verdad que tú estabas en la cena de los de La Guerche, me había olvidado...—dijo de Albiac—. ¿Te acuerdas cómo estaba con Elena?... Yo bien creí esa noche que no pasaría de aquella semana... Al día siguiente volví a verla con la gentil Mosé... Y luego, su suegra muere repentinamente por la noche... Tú o yo hubiéramos creído que aquello la preocuparía tanto como a mí este cigarro.

Y arrojó rabiosamente el egipcio que fumaba.

— Pues he aquí una mujer que desaparece de París, que viaja con su marido con pretexto de consolarle... y cuando vuelve, voy a visitarla... y tan fría como esta noche...

Levantó el cuello de su abrigo, encendiendo otro cigarro en el de su compañero.

— Se conoce que tenía verdadero capricho por ella, porque se me ha aparecido. Tienes razón, cuando Lucía me eligió rey... ¡No he estado bien!... Es igual; para una vez que me he aventurado con las mujeres de mundo, me he caído... No es conveniente...

— No es conveniente—repitió Portille.